

lle" (1945), "Mariano Melgar, poeta y héroe" (1946), "Grandeza y esplendor de Chorrillos" (1949), "El Comercio de Lima, decano de la prensa peruana" (1951), "Semblanza del Gran Mariscal Mariano Necochea", (1951), "Cervantes y el Quijote" (1952), "Leoncio Prado" (1953), "Vida romántica de Simón Bolívar" (1958).

De particular utilidad fue su reedición en 15 tomos del "Diccionario histórico-biográfico" de Manuel de Mendiburu (1931-1938), con millares de nuevas fichas del propio San Cristóval; así como la publicación de los "Mensajes de los Presidentes del Perú" (2 vols. 1943-1945), en colaboración con el Embajador Pedro Ugarteche.

F. D. L.

CARLOS CAMPRUBI ALCAZAR (1914 - 1970)

La intelectualidad del Perú perdió con la prematura muerte de Carlos Camprubí a un auténtico valor, en el campo de la historiografía nacional; brilló en esta disciplina con sitial destacadísimo. Por docenas se cuentan sus obras, verdaderos modelos en su género. Fue acongojante su partida a la mitad de su vida cuando tanto se esperaba de su fecunda madurez. Deseo recordar que en él, además de singular talento, se juntaban señeras virtudes morales: bondad, rectitud, sustantivo empeño ante el deber. Fue, en la anchurosa acepción de la palabra, prototipo de caballero sin vanidad y ajeno a toda frívola ostentación. Quienes tuvimos la suerte de tratarlo calibramos aquel conjunto de valores que hacían tan agradable su amistad: la mostraba con nobleza, con cordialidad ágil, franca, alegre, efusiva sin sombra de aspereza.

Lo traté durante cuatro décadas y pese a diferencia de edades —le llevaba 20 años— el eslabón de la amistad fue estrecho. No ciertamente el que nace en la niñez por colegial agrupamiento, de semejante etapa generacional, sino por otro contacto: el del trabajo concordante, aquel que se alberga en gemelas oficinas que laboran idénticos propósitos y metas paralelas. En ese clima, no cerrado sino con ventanas abiertas para el mutuo conocimiento, se logran afectos imborrables, tanto más, si los caracteres son coincidentes y los hermanan tendencias y gustos similares.

Una inclinación mía por descubrir nuestro ayer —sin saber cómo se la transmitió a Camprubí. Era vivaz curiosidad, frente a nuestra olvidada y desconocida institucionalidad en el campo económico. Fue surgiendo a la vera del diario y común quehacer oficinesco. Aledaño a los informes técnicos que nos embargaban horas, ambos solíamos escaparnos hacia otros campos distantes de los números pero vecinos a los que debió ser la arquitectura arcaica que rigió a nuestros padres y abuelos. Y deseosos de revivir tal eco, ciertamente débil pero sugestivo y fundamental como origen, es que Camprubí comenzó a hurgar los vericuetos y raíces de la evolución, cambios o similitudes en el mundo, tanto privado como público, de la etapa republicana del siglo XIX.

Y de aquel afán investigador de archivos, legajos, expedientes y documentos afines, logró reunir con paciencia y depurado saber eurístico ingente material. Serían los ladrillos para luego distribuirlos y darlos a conocer en esas sus magníficas monografías que son lo sólido de su obra y que se llaman: "*La Historia de los Bancos en el Perú*", "*El Banco de la Emancipación*", "*Un Siglo al Servicio del Ahorro*", "*José Payán*" y muchos otros

temas monetarios y numismáticos aparecidos en periódicos, en ediciones celebratorias o en revistas especializadas, amén de no poco inédito en vías de final retoque.

De nuestro inolvidable amigo, tronchado en cuajada madurez cuando frisaba cincuentiséis años, esbochemos los hitos esenciales de su discursar vital. Nació en el Cusco, el 14 de agosto de 1914. Inició estudios en el Colegio de Ciencias de la ciudad Imperial. Trasladado a Lima cursó la secundaria en "Guadalupe" y de ahí a las Facultades de Letras y de Derecho en la Universidad Católica. Logra título de abogado en 1943 y en la misma institución se incorpora a la docencia. Regenta "Historia Económica" en la Facultad de Ciencias Económicas, en la de Derecho, la cátedra de "Economía Monetaria y Bancaria".

Para informarse mejor en su especialidad técnica viaja a los Estados Unidos en 1952; ahí estuvo en contacto con organismos financieros, entre otros "Bureau of the Budget and Federal Reserve Bank". Mas, su actividad esencial la hizo en la Superintendencia de Bancos de Lima. Ingresa muy joven, en 1932, en escala baja y va alcanzando por sus merecimientos altas categorías hasta llegar a ser Superintendente Auxiliar. Su labor allí fue muy valiosa. La testimonia centenares de informes que, por razones obvias, permanecen en el anonimato.

Cuando un ministro desaprensivo, por capricho inexplicable o pasional, impuso el desalojo inmotivado del jefe legal, que era inamovible, a él le correspondía por razones de saber, honorabilidad y prestigio a que allí continuase su estancia con la jefatura de aquel centro, clave en nuestra organización hacendaria y a la que había dado lo mejor de su talento por décadas. Pero no fue así, se le pospuso. Tal hecho hirió su dignidad, melló su alcurnia. Y el decoro lo arrancó de la institución a la que había servido por décadas. A poco de tan dolorosa injusticia, se le instauró la grave enfermedad que lo llevó a la tumba. Es difícil de dilucidar, si en tal coyuntura existe bastante de causalidad, premonición o coincidencia fortuita.

En contraposición, la vida le deparó merecidas distinciones. En 1957, por su "*Historia de los Bancos*" se le concede el premio nacional de la cultura. En 1960, la Academia Nacional de Historia, lo designa miembro de número y en diversos comités forma parte de su directiva. Lo designaron también para colaborar en la prestigiosa entidad extranjera "Encyclopaedia Lexicon for Money Banking and Exchange Business". Y antes de precipitarse su mal, se le encomendó redactar la "*Historia del Banco Central de Reserva del Perú*" y aunque muy avanzada, dejó inconcluso los originales.

A Carlos Camprubí, que fallece en Lima el 27 de abril de 1970, la naturaleza le regaló excelentes dones, Talentos los llama el Evangelio, mas no los enteró, muy al contrario, quiso y supo utilizarlos. Los intelectuales, en diversos libros que por su calidad veraz y tersura literaria perdurarán siempre, abrieron ruta, desbrozaron monte tupido.

Es frecuente desvincular al actor del ser humano, quien con su cerebro construye la obra intelectual, con el hombre, el realizador de quien ignoramos su compleja personalidad. Mas no es así en Carlos Camprubí. Soy testigo por décadas de su limpieza moral, con hombría muy fina, la hizo conocer pródigamente con sencillez muy lejos de disonante altanería. Y a su vez, como por tradición familiar, le venía, no olvidó lo genuino del caballero cristiano que contempla a través de la mudable contingencia de las cosas, la profundidad de lo absoluto y de lo eterno.